

EL PRODUCTOR.

PERIODICO BISEMANAL CONSAGRADO A LA DEFENSA DE LOS INTERESES ECONOMICO-SOCIALES DE LA CLASE OBRERA

ORGANO OFICIAL DE LA JUNTA CENTRAL DE ARTESANOS DE LA HABANA.

De actualidad.

Llegada la época en que la escasez de trabajo hace tan angustiosa anualmente la situación de los obreros que se dedican al ramo del tabaco, habíamos hecho el propósito de tratar asunto de tanta importancia, por nuestra cuenta propia, y dar á conocer las causas que originan esas paralizaciones, bajo el punto de vista de la escuela en que militamos.

Mas hé aquí, que cuando ya nos disponíamos á llevar á cabo nuestro propósito, ha llegado á nuestras manos una obra de Federico Engels, que viene á servirnos á maravilla.

En dicha publicacion trata el ilustre representante del socialismo científico, de una manera general, la cuestion que nos ocupa, pero sus conclusiones son aplicables lo mismo á los casos aislados, porque obedecen á idénticas causas.

Mas no siéndonos posibles transcribir todo lo que sobre el particular ha escrito Engels, escogeremos lo que más de cerca se roza con la crisis que ya empezamos á experimentar, para que se vea cuánta razon hemos tenido siempre al sostener que el régimen capitalista es el único que nos agobia y tiraniza.

Dice así Federico Engels:

«El carácter de estas crisis está tan claramente marcado, que Fourier las describió todas al llamar á la primera *crisis pletórica*.

El antagonismo entre producción social y apropiación capitalista estalla violentamente en la crisis.

La circulación se paraliza; el vehículo de ésta, la moneda, es entonces una traba para la circulación; todas las leyes de la producción y de la circulación se trastornan; la colisión económica llega á su apogeo; el sistema de producción se rebela contra el sistema de cambio.

El hecho de que la organización social de la producción en el interior de la fábrica se ha desarrollado hasta el punto de hacerse incompatible con la anarquía de la producción en la sociedad que existe fuera de ella y que la domina, este hecho, decimos, se impone á la inteligencia del mismo capitalista, por la concentración violenta de los capitales que tiene lugar, en cada crisis, por la ruina de muchos capitalistas y de muchísimos menos poderosos. Todo el mecanismo de la producción capitalista cede bajo la presión de las fuerzas productivas, que son obra suya, habiéndose creado tal masa de dichas fuerzas, que ya no hay forma de transformarlas en capital, es decir, en medios de explotar la fuerza y trabajo de la clase obrera.

Por este mismo exceso, las fuerzas productivas se paran, y al pararse éstas, el ejército industrial de reserva se ve forzosamente obligado á cesar de trabajar. ¡Situación sin igual!

Medios de producción, medios de subsistencia, trabajadores disponibles; todos los elementos de la producción y de la riqueza abundan; pero, como dice Fourier, la abundancia es el origen de la penuria y de la miseria, pues impide que los medios de producción y de subsistencia se transformen en capital.

Para bien funcionar en el sistema capitalista los medios de producción, deben previamente tener lá cualidad de capital, de medios de explotación de la fuerza-trabajo. Esta fatalidad es, pues, la que se interpone ahora como un espectro entre los obreros y los medios de

producción y de existencia; la que impide el contacto y, por consecuencia, la cooperación de las fuerzas personales de la producción con sus fuerzas materiales; la que prohíbe funcionar á los medios de producción y á los obreros trabajar y vivir.

Destruyase el sistema de producción capitalista, déjese á los medios de producir que funcionen sin tomar la forma de capital, y el absurdo que existe en los hechos se desvanecerá, desaparecerá la crisis y devolveréis á la sociedad la posibilidad de vivir.

Está probado, además, que la producción capitalista ya no es capaz de dirigir las fuerzas productivas que ella misma ha creado, y también que esas mismas fuerzas productivas tienden cada vez más imperiosamente á la solución del antagonismo, á la abolición de su cualidad de capital y al reconocimiento práctico de su carácter real, que es el de fuerzas productivas sociales.»

«Las fuerzas productivas, ya estén en manos de sociedades por acciones ó en las del Estado, conservan, no obstante, su carácter de capital. El hecho es patente en lo que se refiere á las sociedades por acciones.

El Estado moderno no es más que la organización que se dá á la misma la sociedad burguesa para poner todas las condiciones de la producción capitalista al arbitrio, tanto de los ataques de los capitalistas individuales, como de los obreros. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es esencialmente una máquina capitalista, el Estado de los capitalistas, y, por decirlo así, el capitalista colectivo ideal.

Mientras más fuerzas productivas acapara, más se transforma en capitalista colectivo real y más explota á los ciudadanos.

Los obreros siguen siendo asalariados, proletarios. La relación capitalista entre explotador y asalariado subsiste todavía; sólo que, llevada al extremo, ha efectuado un cambio. La apropiación por el Estado de las fuerzas productivas no es lá solución del conflicto, pero contiene los elementos de ella.

Esta solución no puede ser otra que el reconocimiento práctico de la naturaleza social de las fuerzas productivas modernas, es decir, igualar los medios de producción, de apropiación y de cambio, con el carácter social de dichos medios. Este fin no se conseguirá hasta que la sociedad, abierta y francamente, no tome posesión de las fuerzas productivas, demasiado poderosas ya para soportar otra dirección que la suya.

El carácter social de los medios de producción y de los productos, que hoy se resuelve contra los productores mismos y trastorna á cada paso la producción y el cambio, se reconocerá entonces clara y abiertamente.

Las fuerzas sociales obran como la Naturaleza, ciega, violenta, destructivamente, en tanto no las comprendemos ni contamos con ellas. Una vez comprendidas, y reconocidas por nosotros su acción, sus direcciones, sus efectos, podremos someterlas completamente á nuestra voluntad y servirnos de ellas para alcanzar nuestro objeto. Tal es el carácter social de las fuerzas productivas modernas.»

Como se vé, Federico Engels ha puesto el dedo en la llaga, como suele decirse; sus observaciones son atinadísimas, y sólo leyendo lo mucho que ha escrito sobre materia tan impor-

tante, es como puede el lector inteligente darse cuenta de los profundos estudios verificados, en estos últimos tiempos, por los hombres dedicados á propagar las fórmulas salvadoras que constituyen el socialismo moderno.

Para los tontos de la cabeza..... para esos, Engels y otros muchos, son unos papanatas.

Enhorabuena.

El «Círculo de Trabajadores» se hace cada vez mas acreedor á nuestras calurosas felicitaciones, á juzgar por los ataques que le están dirigiendo ciertos *tipecios*.

Bien, muy bien, así nos gusta: siga el «Círculo» mereciendo la envidia de los rabiosos, y pronto verá su lista de socios tan nutrida como lo deseamos.

Siempre hemos sostenido que cierta clase de propaganda es el mejor factor con que cuentan las instituciones que aspiran á engrandecerse, y con «La Alianza Obrera» tuvimos ocasión de demostrar que estábamos en lo cierto.

Ahora toca que lo demos-tremos con el «Círculo.»

¡Vivir para ver!

Satisfechos.

Varios compañeros nuestros nos manifiestan sus deseos de saber si hemos tomado parte en la redacción del último *Manifiesto* dado al público por el Comité de «La Alianza Obrera», á lo cual debemos constar que nó.

En la última Junta general de «La Alianza» se acordó publicar el referido *Manifiesto*, y para ello se nombró una comisión que lo redactase, sin que nos cupiese la honra de figurar en dicha comisión.

Quedan, pues, satisfechos nuestros compañeros, debiendo advertirles de paso que la redacción de *El Productor* ha tenido, y tiene, sus humildes fuerzas á disposición de «La Alianza.»

Reineri.

Reineri, el ex-director del *Pueblo Soberano*, acaba de ser víctima de un alevoso atentado que pudo costarle la vida.

Parece ser que Reineri, en sus ratos de ocio escribía en el periódico *El Triunfo*, que vé la luz en Santiago de Cuba, y mientras no emprendía viaje para la Habana, donde piensa fijar su residencia.

En cumplimiento del deber que todo periodista se impone, hubo de denunciar ciertas *irregularidades* llevadas á cabo por un funcionario público.

Esto proceder sirvió de pretexto para que se le anienazase y apostrofase, en términos nada cultos, en un semanario de la localidad; pero dejando en pie, sin desvanecerlas, las acusaciones sentadas por Reineri en *El Triunfo*; lo que prueba tácitamente la verdad de las acusaciones.

De no ser así, las leyes tienen previsto el caso, pudiendo el acusado reclamar debida reparación ante los tribunales de justicia, si la denuncia que de él se hace resultara calumniosa.

Cualquier ciudadano que pensase detenidamente las cosas, ese sería el procedimiento que emplearía al ser ofendido ó al creerse con razon para probar lo injustificados que pudieran ser los hechos que se les imputan.

Ninguna de estas consideraciones contuvo al enfurecido agresor, ni el tener que habérselas con un hombre inútil de entrambos brazos ó indefenso, fué

lo suficiente á impedir que todo un capitán del Ejército español se transformase en fiera, ensañándose con su víctima del modo más brutal.

D. Pedro Garrido que, según se asegura, es el autor de la *fazaña*, se acercó por detrás al desprevenido Reineri, descargándole tan fuerte golpe por la cabeza, que cayó herido entre el fango. A este golpe se sucedieron otros y otros, de los que procuró librarse, buscando refugio en una herradura que encontró al paso.

Seguiale de cerca el agresor, revolver en mano, y gracias á la intervención de un joven llamado Antonio Reitor, que separó el arma asesina, no fué muerto tal vez en ese instante, perdiéndose la bala en el vacío.

No paró en esto el asunto, sino que tirándose nuevamente sobre Reineri, le empezó á asestar grandes golpes, que hubieran terminado con él, si varios obreros no se lo quitaban de sus garvas.

Nosotros, ante acometidas de semejante naturaleza, no podemos hacer otra cosa, que protestar, en unión de otros periódicos que ya lo han hecho, y llamar la atención de las autoridades competentes, con el fin de que la impunidad no siga como hasta la presente, siendo norma de los criminales.

El General Salamanca está dando pruebas de recto y justiciero, y por lo tanto, es de esperar que el hecho denunciado no quedará impune.

Verso nó, verdad sí.

¿Para qué sirven los decretos y las leyes? Cuando éstos y aquellas van encaminados á cohibir el libre ejercicio de los derechos del pueblo que trabaja y paga, se aplican con entero rigor, y ¡guay! de aquel que se oponga en lo más mínimo á su inmediata ejecución.

Será juzgado como rebelde contumaz y purgará en galeras, cuando no en un cadalso, el inaudito atrevimiento que ha tenido de oponerse á la rigurosa aplicación de la ley á los presuntos criminales.

Pero si se trata de que una clase de las privilegiadas cumplimenten algún acuerdo del gobierno, que le sea perjudicial, en poco ó en mucho, á sus sagrados intereses, entonces la cosa varía y se va prorrogando su cumplimiento hasta que un nuevo decreto viene á dejar sin efecto el anterior acuerdo, aunque con ello se violenta la conciencia de todo un pueblo y se sacrifican los intereses del noventa por ciento de sus habitantes.

Todas las ventajas económicas políticas y morales para el que nada en la abundancia.

Ninguna para el verdadero productor.

En un momento de lucidez, un gobernante suscribe un decreto, cuyo espíritu radical tiende á favorecer los intereses económicos de la clase más necesitada de la sociedad, destruyendo afejos privilegios, y este decreto sirve para que los encargados de ejecutarlo se limpien... la nariz con él, sin que por esto se abran las puertas de la cárcel para dar entrada y asilo á los que tan descaradamente se burlan de la ley.

Tal ha sucedido con el decreto que el General Marín expidió, referente á Cementerios civiles.

En efecto: hace año y medio próximamente, que dicho gobernante ordenó á los Ayuntamientos de esta Isla, que en el término de tres meses se incautaran de los Cementerios que á los respectivos municipios pertenecieran y que, en caso de que alguno de aquellos fuera propiedad del respectivo Ayuntamiento ó de particulares, que éste procediera inmediatamente á la creación de uno civil.

La orden era expresa, terminante, y no daba lugar á interpretaciones.

Mas, apesar de tanta claridad, el clero se ha limpiado las narices con ella, y los Cementerios siguen como antes del decreto, siendo manipulados por la clerestía.

¿Qué dice á esto el señor General Salamanca?

Vamos: ¿a que no se atreve á desenvainar el sable contra el Obispo?

¡Ah!

El sable del militar más valiente se *joroba* cuando lo esgrimen contra una sotana.

Contra un vista de la Aduana.
Contra un cabo y un sargento.
Vuestro sable es un portento.
Pero contra una sotana.....
Es una hoja amellada y sin punta.

¿Qué esto no es verso, dicen ustedes? Eso ya lo sé yo. Pero nadie negará que es una verdad como un puño.

Barbaro atropello.

Uno de los días de la semana pasada, como á las ocho de la noche, se hallaba una pareja de O. P. divirtiéndose con una morena desgraciada que se ha-

llaba tendida, en un estado lamentable, en la Calzada de la Reina próximo á Carlos III, y un compañero nuestro, que por allí pasaba, compadecido de aquella infeliz, suplicó á la dicha pareja que no la molestara con sus burlas.

Irritados los guardias con la súplica del intruso que les intentaba privar de un rato de *agradable entretenimiento*, la empujaron con él á bofetadas, de las cuales se libró, en parte, gracias á que pudo ganar el café inmediato.

Ya en el café, nuestro compañero, no se atrevía á salir por temor de que la pareja la emprendiera de nuevo á golpes con él.

Mas los guardias valiéndose de astutas frases, lo hicieron salir, y llevándolo á una calle inmediata y solitaria, le dejaron caer tal lluvia de planazos, que le marcaron todo el cuerpo con multitud de contusiones que, si bien el médico de la Casa de Socorros donde se presentó, apuntado, declaró que eran leves, no por eso deja de ser el atropello más bárbaro.

Nos abstenemos de hacer comentarios sobre tal hecho, que á repetirse, daría lugar, si no se le pone eficaz correctivo, á que nuestros compañeros se vieran precisados á salir á la calle, provistos de un aparato salva-vidas del Dr. Smith, para con él hacerse respetar de los que, abusando de su fuerza, apalean á los hombres honrados.

Cómo vivimos

y cómo podríamos vivir.

(Continuacion.)

Pasemos de la competencia entre las naciones á la que existe entre los organizadores del trabajo, las grandes razones sociales, las sociedades por acciones y demás capitalistas, y veamos cómo la competencia estimula la producción entre ellos. Ciertamente lo hace, ¿pero qué producción es esa? Es la producción de algo para vender con ganancia, ó sea la producción de ganancias, y véase cómo la guerra comercial estimula esta producción: cierto mercado demanda géneros; hay, digamos, un centenar de fabricantes que hacen esta clase de géneros, y cada uno de ellos quisiera, si pudiese, guardar este mercado para sí solo, y se afana desesperadamente para conseguir tanto como pueda; siendo el resultado natural que ahora la cosa está extremada y el mercado atestado de mercancías, y toda esta furia de fabricación ha de cesar forzosamente. ¿No les parece que esto es como la guerra? ¿no veis el despilfarro de esto, despilfarro de trabajo, de habilidad, de astucia, de vida, en fin? Bien, es verdad, diréis acaso, pero abarata los géneros. Hasta cierto punto sí, y aún sólo aparentemente, puesto que los salarios para el trabajador ordinario tienen tendencia á bajar en la misma proporción que los precios y ¿á qué precio obtenemos esta apariencia de baratura? Para decirlo claramente, al precio de estafar al consumidor y matar de hambre al verdadero productor en beneficio del jugador, para el cual son vacas de leche tanto el consumidor como el productor. No necesito entrar de lleno en el asunto de la adulteración, porque todo el mundo sabe el papel que ésta desempeña en esa clase de comercio, pero téngase presente que es un incidente absolutamente necesario en la producción de ganancias por medio de mercancías, que es el negocio del llamado fabricante, y por otra parte, el consumidor por punto general es completamente indefenso contra el jugador; las mercancías se le imponen por su baratura y con ellas cierta clase de vida determinada por esa baratura agresiva y enérgica, pues de tanto alcance es esta plaga de la guerra comercial, que ningún país está á salvo de sus devastaciones; las tradiciones de 1.000 años caen en un mes; invade un país débil ó semibárbaro, y todo cuanto había de romántico, placer ó arte, se hunde en un charco de sordidez y fealdad; el menestral indio ó javanés ya no ejerce su oficio cómodamente, trabajando unas cuantas horas al día para producir un laberinto de singular belleza en una pieza de pafio; una máquina de vapor se pone en marcha en Manchester, y esa victoria sobre la naturaleza y mil dificultades rebeldes; es empleada para el trabajo útil de producir una especie de emplasto de arcilla y desperdicios vegetales, y el obrero asiático, si no muere materialmente de hambre, como sucede en gran escala, tiene que entrar en una fábrica para rebajar el salario de su hermano, obrero de Manchester, y no le queda nada de su carácter, sino probablemente un acúmulo de miedo y odio á ese mal para él inexplicable, su amo inglés. El isleño del Pacífico ha de abandonar su ocupación de excavar canoas, su dulce reposo y sus graciosos bailes para hacerse esclavo de un esclavo; los pantalones, los tejidos de desperdicios, el ron, los misioneros y enfermedades fatales, toda esta civilización la ha de traer en globo, y ni él mismo ni nosotros podemos remediarlo hasta que el orden social reemplace la

horrorosa tiranía del juego de bolsa que le ha arruinado.

Dejando estos como tipos de consumidores, vamos á ver cómo afecta al verdadero productor, el obrero, esta arrebatada por la explotación del mercado. El fabricante, en la premura de su guerra, ha reunido en vecindario un enorme ejército de trabajadores, los ha ejercitado hasta quedar apropiados para su especialidad de producción, es decir, para sacar ganancia de la misma, y con el resultado de que no sirven para nada más; pues bien, cuando queda repleto el mercado que provee ¿qué sucede á ese ejército del que cada individuo depende, de la demanda continua en aquel mercado, y obra, como no puede dejar de obrar, como si hubiese de continuar eternamente? Bien sabéis lo que les pasa. La puerta de la fábrica se cierra para un gran número; y en el caso más favorable para el ejército de reserva tan activamente ocupado en la época de empuje, ¿qué se hace de ellos? Harto lo sabemos; pero lo que no sabemos ó no queremos saber, es que este ejército de reserva es una necesidad absoluta para la guerra comercial; si nuestros fabricantes no tuviesen estos pobres diablos para arrastrarlos á sus máquinas, cuando la demanda vá creciendo, otros fabricantes de Francia, Alemania ó América vendrían á quitarles el mercado. Veis, pues, que, como vivimos ahora, es necesario que una parte muy grande de la población industrial se halle expuesta al peligro de morir casi de hambre periódicamente y no en beneficio del pueblo de otra parte del mundo, sino al contrario, para su envilecimiento y esclavización. Dejad, pues, la fantasía correr un momento para haceros cargo del despilfarro que significa eso de abrir mercados nuevos en países salvajes y bárbaros, que es el tipo extremado de la fuerza del mercado de ganancias del mundo, y comprendereis la horrorosa pesadilla que es este mercado, que nos tiene sudando y espantados por nuestra vida, incapaces de leer un libro, ó mirar un cuadro, ó dar un paseo por agradables campos, ó tendernos al sol, ó de participar de los conocimientos de nuestra época; en fin, de tener placeres animales ó intelectuales, y ¿para qué? para que continuemos viviendo la misma vida esclavizada hasta que muramos, para proporcionar á un rico lo que se llama una vida de comodidades y de lujo, es decir, una vida tan vacía, insalubre y degradada, que tal vez al fin y al cabo está peor que nosotros los trabajadores, y en cuanto al resultado de este sufrimiento, el más favorable es cuando no es nada absolutamente, cuando podéis decir que las mercancías no han hecho bien á nadie, pues las más de las veces sucede que han hecho mal á mucha gente y que hemos trabajado y gemido y muerto haciendo veneno y destrucción para nuestros próximos.

Pues bien, digo que todo esto es guerra y resultado de la guerra, no de naciones competidoras, sino de capitalistas y sociedades de capitalistas, y es esta guerra de las casas capitalistas la que impide la paz entre las naciones, que hemos encontrado tan necesaria, pues debe reconocerse que la guerra es el elemento de vida de estas casas combatientes que en nuestra época han reunido en sus manos casi todo el poder político, y que en cada país se juntan para hacer á sus respectivos gobiernos desempeñar precisamente dos funciones: la primera la de policía fuerte en el propio país para guardar el circo en que los fuertes batan á los débiles, y la segunda el de obrar como guardia de piratas para con el extranjero, una bomba para abrir las puertas que conducen á los mercados del mundo, mercados á cualquier precio en el extranjero, privilegios inatacables en el país y proporcionar éstos es la única incumbencia de los gobiernos, como los conciben nuestros capitanes industriales. Vamos ahora á examinar la razón de todo esto y trataremos de contestar á la pregunta ¿por qué han adquirido todo este poder los ganancieros, ó al menos por qué son capaces de guardarlo?

Esto nos conduce á tratar de la tercera forma de la guerra comercial, la última en que descansa todo el resto. Hemos hablado primero de la guerra de las naciones rivales, luego de la de las casas rivales, ahora hemos de hablar de los individuos rivales. Así como las naciones bajo el sistema actual son empujadas á competir una con otra por los mercados del mundo y como las casas ó jefes industriales tienen que arrebatarse su participación en las ganancias de los mercados, así mismo tienen que luchar unos con otros los trabajadores para ganarse la vida, y esta constante competencia ó guerra entre ellos mismos es lo que hace posible á los explotadores hacer sus ganancias y por medio de ellos toman en sus manos todo el poder ejecutivo de la nación. Pero aquí está la diferencia entre la posición de los trabajadores y la de los ganancieros; para estos últimos la guerra es necesaria, el gananciero es imposible sin competencia individual, corporativa y nacional; para ganarse la vida se puede trabajar sin competencia, podéis asociaros en vez de competir.

He dicho que la guerra era el elemento vital de los ganancieros; de la misma manera que la asociación

ción es la vida para los trabajadores. Las clases trabajadoras que constituyen el proletariado no pueden existir como clase sin asociación de una u otra especie. La necesidad que obligó a los ganancieros a juntar a los trabajadores primero en talleres según la división del trabajo y luego en grandes fábricas puestas en marcha por maquinaria, acumulándolos gradualmente en las grandes ciudades y centros de civilización ha dado origen al proletariado como clase distinta, dándole su existencia mecánica por decirlo así. De esta manera están realmente unidos en grupos sociales para producción de mercancías, pero por ahora sólo mecánicamente; no saben en qué trabajan ni para quién trabajan, porque están juntados para producir mercancías de las que la ganancia de un año forma la parte esencial en vez de producir mercancías para su propio uso; mientras hacen esto compitiendo uno con otro, con el permiso de hacerlo serán y se sentirán simplemente como parte de esas casas competidoras, no serán más que una parte de maquinaria para la producción de ganancias, y mientras esto dure, será el objeto de los años o ganancieros reducir el precio del mercado de esta parte humana de su maquinaria, es decir, teniendo ya en sus manos el trabajo de los muertos en forma de capital y maquinaria, su interés ó digamos la necesidad les obliga a pagar tan poco como puedan por el trabajo de los vivos que tienen que comprar al día, y como los obreros que emplean no tienen nada más que su fuerza trabajadora, están forzados a ofrecerse el uno por menos que el otro para obtener empleo y salario, haciendo así posible el juego del capitalista.

(Continuará.)

¿Habrá más guerras?

Aún sueñan los potentados de la tierra con satisfacer bastardas ambiciones, con llevar a cabo venganzas sangrientas, como consecuencia de los agravios y ofensas que se hacen mutuamente, y todo con el objeto único de saciar sus apetitos devoradores, sus reconcentrados ódios, nunca extinguidos y cada vez más crecientes.

Por supuesto, que ellos no piensan ser los combatientes, por más que son los agravados directos de sus propias felonías recíprocas, los resentidos, los que desean, los que anhelan todo cuanto el mundo tiene para sí, y todo lo que el trabajador produce, pereciéndoles poco todo, en su desesperado egoísmo.

Candidos sería, creer que la calma en que parece reposar Europa, es positiva y duradera; ésta no es más que una tregua aparente de pura forma; pues los aprestos militares siguen su curso no interrumpido, la movilización de los ejércitos continúa sin descanso, los presupuestos aumentan considerablemente y los gobiernos de esas caducas naciones, defensores de instituciones más caducas, que pretenden perpetuar, no encuentran otra solución al gran problema, que el aumento de máquinas destructoras.

Estas máquinas, que sembrarán el terror por campos y ciudades, serán los hijos del pueblo unos en contra de otros, sin haberse conocido, sin tener la menor queja de los que le presentarán como contrarios; obediendo las órdenes de los tiranos, se tratarán en el momento de la batalla como fieras sanguinarias, sin compasión, desgarrándose, viniendo a ser luego el pasto de los buitres carnívoros, con mucho contento de las clases privilegiadas, que guardando una prudente distancia, aplaudirán el valor de los mártires, llegando en el momento oportuno a repararse el botín; que así sucedió en todas las guerras y sucederá en la que se prepara con toda la premeditación y mala fe de que son capaces los eternos enemigos del imperio de la razón.

Los trabajadores, con su inercia, con su apatía, consentirán que se agregue este nuevo crimen a los tantos que manchan la historia de la humanidad, siendo a la par autores y actores en ese drama sangriento al cual son empujados, como autómatas que obran al impulso de agentes desconocidos?

De nada valdrán los esfuerzos de la prensa socialista, márcandoles el derrotero que deben seguir; de nada valdrán las enseñanzas pasadas, los descalabros merecidos, puesto que nunca pensaron en trabajar por cuenta propia, fiando su regeneración a quien tiene el mayor empeño en esclavizarlos, sin comprender, que la redención económica no ha de partir de los satisfechos, pues obra será ésta de los descontentos, de los desheredados, de los que llevan sobre sus hombros todas las cargas sociales, y como retribución a sacrificio tanto, el desprecio con que son mirados por la miserable y desordenada sociedad presente?

¿Jiense, jiense las clases productoras de todos los pueblos, en el cuadro estadístico que presento, tomado del *Correo Militar* y vean qué han sacado en limpio en los 27 años de guerras continuas y se convencerán, de que el que escupe a las nubes en la cara le cae la saliva, como lo demuestra el estar matando hermanos contra hermanos y padres contra hijos;

resultado, que después de la jornada se encuentran todos en peores condiciones que antes de dichas guerras. Hé aquí dos millones de hombres ó cerca de tres, ocupados en la matanza, produciendo su impropio trabajo, al cabo de cierto tiempo, doscientos cincuenta y cuatro mil trecientos veinte y nueve víctimas, y los causantes, impunes, gozándose sobre esos bárbaros destrozados. Merece leerse:

| Guerra | Guerra de Crimea—Ejército francés—Inglaterra | Guerra de África—(algunos países europeos) | Guerra de los Estados Unidos—Guerra entre Austria y Prusia | Guerra Civil de España—Ejército ruso—Ejército turco—Ejército franco-prusiano | Muertos en las guerras | Muertos en las guerras | Muertos en las guerras | Muertos en las guerras | Muertos en las guerras |
|---|--|--|--|--|------------------------|------------------------|------------------------|------------------------|------------------------|
| 1854—Guerra de Crimea—Ejército francés—Inglaterra | 406,203 | 61,824 | 92,580 | 25,202 | 92,580 | 25,202 | 92,580 | 25,202 | 92,580 |
| 1859—Guerra de África—(algunos países europeos) | 60,000 | 26,720 | 25,000 | 981 | 25,000 | 981 | 25,000 | 981 | 25,000 |
| 1861—Guerra de los Estados Unidos—Guerra entre Austria y Prusia | 800,000 | 420,000 | 318,191 | 58,000 | 50,124 | 4,704 | 3,824 | 3,824 | 3,824 |
| 1873—Guerra Civil de España—Ejército ruso—Ejército turco—Ejército franco-prusiano | 233,000 | 152,646 | 133,196 | 3,004 | 133,196 | 3,004 | 133,196 | 3,004 | 133,196 |
| 1877—Guerra Civil de España—Ejército ruso—Ejército turco—Ejército franco-prusiano | 500,000 | 315,500 | 29,259 | 29,259 | 315,500 | 29,259 | 29,259 | 29,259 | 29,259 |
| 1870—Guerra Civil de España—Ejército ruso—Ejército turco—Ejército franco-prusiano | 30,000 | 8,465 | 30,000 | 17,725 | 8,465 | 17,725 | 8,465 | 17,725 | 8,465 |
| 1870—Guerra Civil de España—Ejército ruso—Ejército turco—Ejército franco-prusiano | 350,000 | 107,760 | 107,760 | 7,258 | 107,760 | 7,258 | 107,760 | 7,258 | 107,760 |
| 1870—Guerra Civil de España—Ejército ruso—Ejército turco—Ejército franco-prusiano | 300,000 | 100,000 | 100,000 | 7,258 | 100,000 | 7,258 | 100,000 | 7,258 | 100,000 |
| Total combatientes | 2,997,459 | 254,329 | 254,329 | 254,329 | 254,329 | 254,329 | 254,329 | 254,329 | 254,329 |

(1) En estas cifras, seguramente incluye al *Correo Militar* las bajas del ejército ruso, que no se cuentan, pues de no ser así, no se podría que un número tan exacto combatientes, luego tal, tal, tal.

Falta además incluir aquí como 100,000 hombres que habrán muerto en Cuba.

Después de examinado ese cuadro, que no parece sino que vomita arroyos de sangre, no puedo por menos que preguntar: ¿Habrá más guerras aún de la misma naturaleza? ¿No ha llegado la hora de demostrar a los verdugos que ya pasó el tiempo de ser el pueblo, juguete de sus locas maquinaciones?

¿Quién sabe! Pudiera suceder que el estampido del primer cañonazo, por cualquier potencia, los trabajadores europeos y americanos despertasen del letargo en que estuvieron, sumidos y unidos como un solo hombre, se abrazasen a los diferentes ejércitos, marchando compactos a la conquista de sus derechos usurpados, a la conquista de la igualdad económica con grande asombro de los fariseos modernos, sepultándolos para siempre en los profundos abismos, y estableciendo, para gloria del porvenir, lo que no disfrutó pueblo alguno, el reinado de la Justicia.

ESQUILLO.

Mas pormenores.

Hemos recibido los siguientes que publicamos a continuación:

«Amigo Director: después de lo que usted ha dicho en el periódico de su digna dirección, respecto a la casa de Cortina, aún falta mucho que agregar a la ya célebre historia de esa casa. Vamos por partes. El Sr. D. Andrés Rios dejó la capatacía voluntariamente, y dicho sea de paso, se portó como buen compañero, cumpliendo siempre con su deber. Empezó a revisar las mesas el principal Sr. Cortina. Este señor tenía por costumbre no salir del taller, puesto que a las siete de la mañana revisaba, a las doce y a las seis de la tarde, pero de qué manera, santo cielo! Figúrese usted, Sr. Director, que le metía la mano en la mesa al operario y le cogía treinta ó cuarenta tabacos, y uno por uno los iba pasando por el cepo, agregue usted a esto, los términos para requerirlo: éste tabaco está muy crespo, más engurrufate, más rápido; que el diablo me lleve si hay tabaquero que entienda eso.

Con tal sistema, la gente, como es de suponerse, empezó a reñufar, y cuando nadie lo esperaba, él por su respeto nombró una Comisión de operarios, a la que hizo subir, y con la cual tuvo una conferencia de más de una hora: al cabo de ese tiempo, la Comisión (nombrada por él) hizo saber en ambas galeras que habiendo sido llamados por el Sr. Cortina, éste les manifestó, que ya él era viejo, y que no sabiendo revisar, a todos los había entorpecido en sus respectivas vitolas, además: que tenía que ir a Vuelta-Abajo y que, rogaba a sus operarios admi-

tieran de capataz, a D. Rafael, su sobrino, en el cual tenía depositada toda su confianza.»

Esta petición del dueño no fué bien recibida en el taller, pues sometida a votación por escrito, unos dijeron no, otros que sí, y estoy por decir, que la mayoría votó en blanco, éste es el verdadero resultado de la entrada del tío ferche.

Al otro día de hacerse cargo éste monstruo de la tal capatacía, empezó a rebajar, y como era muy natural, comenzó por los más antiguos, por aquellos del refrán.....

La cosa no pára aquí, la actitud del mata-siete por un lado, y lo que viene usted publicando por otro, han hecho caer la venda que tan ciegamente nos cubría, al extremo, que por esos trigos, corren rumores poco satisfactorios para esa fábrica.....

Así es, que podemos exclamar llenos de satisfacción: ¡Adelante compañeros, aún hay patria Veremundo!

Quedamos, pues, esperando el resultado, con el arma al brazo.

X.

Guayaquiles 1 de Abril de 1889.

Sr. Director de EL PRODUCTOR.

Estimado compañero: Esta población está de plácemes. ¿Y por qué? dirán los que tengan la paciencia de leer estos mal perseguidos renglones.

«Es que ya no se le tira de la oreja a Jorge, en los varios garitos que allí existen, ó se habrá concluido el entretenido juego de los dados, en la casa conocida por de los chinos? Pues, nada de eso. Es que a ese juego estúpido, inmoral y hasta asqueroso, conocido por la *charada china*, que tanto perjuicio ha causado a esta sociedad y principalmente a la clase trabajadora, pues no ha habido prendas y muebles de los aficionados a él, (al juego) que no hayan ido a parar a manos de los prestamistas sin conciencia, a cambio de unos cuantos reales, para con ellos engrosar las cajas de los bandidos que se llaman banqueros de la *rifa chiflá*, que no conformes con chuparle la última gota de sangre al pueblo ignorante, que no comprende su desgracia, le insulta con el mayor descaro, paseándose en muy buenos caballos y buenos coches donde ir de gira, después de consumir el sacrificio; pues bien, a este asqueroso juego, el nuevo Celador que aquí tenemos, le ha dado un golpe mortal, porque parece que está dispuesto a cumplir con el deber que tiene todo funcionario digno y honrado. Y no se crea que al consignar el hecho presente, queremos incensar al susodicho funcionario, cosa que dista tanto de nuestra costumbre, sino que declaramos sólo que sabe cumplir. Los que así no proceden, son dignos de la censura pública. Eso es lo que va el ganando: ser digno. Ahora bien; ¿cómo es que en todo este tiempo atrás no han podido los Sres. Manzano, Lago y Ruiz, haber extirpado este mal? ¿Les habrá faltado tiempo, vista ó la sagacidad que tiene el nuevo funcionario? Yo creo que así debe ser; de lo contrario, si ellos no careciesen de esas cualidades, pudiera sospechar el público algo que diría muy poco en su favor, y que yo desde luego me resisto a creer: pues me consta que ellos no entran en *chanchulleros* ni por todo el oro del Universo.

¿No es verdad, angelitos míos, que son ustedes la honradez personificada? ¿Qué gana, eh! Miren, ya que el *bajá* de los charadistas, ó sea el hombre más barrigón que ojos humanos vieron, se ha retirado a la vida privada (que para bien sea), tengan cuidado con ciertos *nenes* que tratan de hacer la segunda parte, y recuerden que, como dijo Cervantes: «nunca segundas partes fueron buenas»; sepan que estoy dispuesto a hablar muy claro y tan alto, que hasta el más sordo me oirá; sin temer a las *bravconadas* de ciertos guapetones que quieren comerse a Alianza, como si fuera un dulce confeccionado en «La Dominicana».

Sepan estos matachines, que cuando quieran verse las caras conmigo (aunque no soy guapo) estoy dispuesto. Eso sí, ha de ser en el terreno del honor, a diez cuerdas de distancia y retrocediendo. A otra cosa.

La epidemia variolosa se está extendiendo entre nosotros, pues hasta la fecha, ya hay como veinte casos de esta horrible enfermedad, sin que al parecer se tomen medidas energéticas para combatirla, pues las calles están hechas unos basureros, como es uso y costumbre de antiguo. Cuadra hay, que para poder transitar por ella, se tiene que llevar un pañuelo en la nariz, por no poderse resistir el mal olor que despiden los animales muertos y otras inmundicias arrojados a la vía pública.

¿Y cree usted, estimado Director, que en las altas esferas se castiga a los culpables de este abandono? ¿Qué va! Eso es pedir peras al olmo. Si se tratara de impedir una Asamblea de obreros u otra cosa por el estilo, ya vería usted cómo entonces caería todo el peso de la ley sobre nosotros.

En ésta, los trabajos están cada día peores.

La casa de Zaldivar se ha cerrado; en «La Marquita» han rebajado casi la mitad de los operarios que en ella había; en la calle de Amargura han quedado unos diez hombres matando el tiempo. Es de lamentarse ver tanto padre de familia vagando por las calles sin tener donde ganar una peseta. Y, aporósito, ¿qué dirán ciertos individuos que también se hallan sin trabajo, de las promesas que les hacía cierto pajarraco, de trabajar todo el

esto se les abone más por el trabajo que hacen á deshora.

Nosotros, profanos en el arte, creemos que eso mal tiene un remedio sencillísimo.

Y ese remedio es exigir por el trabajo de noche, el pago que éste demanda.

Lo demás es..... ¡perder el tiempo!

Y ya que de imprentas hablamos, podrá decirnos quien pueda y sepa, cuántos oficiales ha producido la *Imprenta de los Niños Huérfanos* desde su instalación á la fecha?

¿No podría averiguarlo la celosa Sociedad protectora de los niños?

Se nos remite:

«Comité anónimo de vigilancia del gremio de *Filoteadores*.—Es voz general entre todos los *Filoteadores*, y hasta se ha tratado en junta directiva, presidida ésta, por el Vice-Presidente; que el Presidente de nuestro gremio y el compañero J. Moran, están trabajando en la casa Suarez-Murias, de Bejucal, faltando á las buenas prácticas de compañerismo.

Al Comité le consta que el compañero que ha sido despedido por esta causa, es un entusiasta agremiado, y lo ha sido siempre. Dicese que con un mes de anticipación tenían tramada esta intriga los compañeros aludidos, y se dicen otras muchas cosas; á ser verdad lo que se dice, el Comité no tiene términos bastante duros para calificar semejantes *chanchullos*. Por lo que dejamos dicho, se convencerán una vez más todos los *Filoteadores*, de que el Comité no respeta gerarquías ni consideraciones de ninguna especie.

Entendemos los individuos que componemos este Comité, que la justicia para ser buena debe entrar por casa, y lo repetimos, por más que haya alguien que diga que empleamos términos demasiado duros, seguiremos este sistema, porque lo consideramos el más adecuado, pese á quien pese. Hasta otro día.

Se nos ha remitido la siguiente comunicación que publicamos con gusto:

«Sr. Director de El Productor.

Le agradeceré se sirva hacer público por medio del periódico que usted tan dignamente dirige, como en esta fecha, he entregado á las sociedades «Círculo de Trabajadores», «Progreso» y «San Lázaro» la cantidad de \$24 por partes iguales, cuyo donativo procede de una colecta que para la publicación de un periódico hicieron varios obreros, y con la autorización de éstos he procedido.

Sin otra cosa, se ofrece á usted su atento y afectuoso s. s. q. b. s. m.—Habana 31 de Marzo de 1889.

Enrique Dorado.»

Acompañado de una atenta circular, hemos recibido un ejemplar de un *Cuadro Ortográfico*, obra de nuestro compañero en la prensa el Sr. D. Manuel Toledo, director de *El Oriente de Asturias*.

El trabajo revela conocimientos profundos en la gramática, castellana, y método expositivo sumamente práctico, y está llamado á prestar valiosos servicios, como consultor en voces de dudosa ortografía.

Agradecemos al autor el ejemplar con que se ha servido honrarnos, y recomendamos á nuestros compañeros la adquisición del mencionado *Cuadro*, que sólo cuesta una peseta, franco de porte, dirigiendo los pedidos á D. Manuel Toledo, Director de *El Oriente de Asturias* (por Torelavega), Llanes.

El Sr. Chamorro, ex-director de *El Industrial*—que en paz descanse—y persona con quien hemos discutido más de una vez, en el terreno de los principios y que nos ha dado muestra de circunspección y comedimiento en las distintas controversias que con nosotros sostuvo, hallase próximo á sufrir una decepción más.

Ayer, cuando la encarnizada lucha entre obreros y fabricantes, por causa de la huelga, debido á la ingratitud de estos últimos, tuvo el Sr. Chamorro que suspender la publicación de *El Industrial*; y hoy que se presenta vacante la Secretaría de «La Unión de Fabricantes» por haber cesado en sus funciones el Sr. Serano, para ocupar—según nos dicen—otro destino en la fábrica «Henry-Clay», un horizonte de hermosa perspectiva se abre á la vista del Sr. Chamorro, el cual cree ver recompensados sus desvelos, atendiendo á la justa reciprocidad que existir debiera, por su buen comportamiento y honradez en la defensa de los intereses del *Gremio de Fabricantes*.

¡Esperanzas vanas! El Sr. Chamorro no triunfará. Un candidato temible se presenta enfrente de nuestro antiguo contrincante.

Un hombre oscuro, sin prestigio, ni méritos, ni talento, ni ilustración, pues desconoce hasta los más

simples rudimentos de ortografía, pero cínico y desvergonzado hasta lo sumo, hace la oposición á Chamorro, y confiado aquél en su rebajamiento moral, es casi seguro que vencerá á este último, y adios méritos contraídos en defensa de los Alvarez y González, y adios luchas por la armonía entre el capital y el trabajo. Todo lo echó por tierra un Judas de sus compañeros de jornada.

Pero todo eso le está bien empleado al citado Chamorro.

¿Por qué, cuando cierto fabricante le presentó un papel que no queremos nombrar, y le dijo: «así se defienden nuestros intereses», hubo de contestarle que á él no le era posible descender á tan inmundos lodazales de miserias y suciedades?

¿Por qué no aceptó tan denigrante papel como se le confiaba?

¡Ah! si entonces hubiera aceptado, de seguro que hoy alcanzaría el empleo que espera en vano. Eso sí, no tendría la consideración á que es acreedor por su conducta, por lo cual—y así lo entenderá el señor Chamorro—creemos que ha ganado éste un ciento por ciento, pues vale más morir en la miseria, que no vivir en la abundancia sin dignidad ni otra cosa que no queremos decir, pero que se sobreentiende.

Con motivo de cierta rebaja de precios efectuada por los señores fabricantes de tabacos de los Estados Unidos, todos los tabaqueros pertenecientes á la Unión, tratan de organizarse de un modo potente para reclamar lo que se les está usurpando.

Vemos con satisfacción el que los compañeros del Norte se decidan á no tolerar abusos, y aún veríamos con más gusto, que se organizaran de la única manera que hay, para llevar á feliz término la revolución económica-social.

Entre dos criados. (auténtico.)

—Chico, ¿no te parece que eso de las cartillas es un ataque á la propiedad de nuestros ya esquilmados bolsillos?

—Hombre, lo que puedo decirte es, que entre la cédula mia, la de mi mujer y la de mi hija, me han *descuajaringado* tres días de trabajo, y ahora con esa dichosa cartilla me *descuajaringan* otro más. Y después de todo, á nosotros, ¿qué beneficio nos reporta esa medida?

—Eso es lo que yo digo también, ¿qué beneficio nos reporta á nosotros? Y si son los años los beneficiados, ¿por qué no los obligan á ellos á que paguen esos gastos? Lo de siempre, chico, la sogá rompe por lo más delgado.

—Y luego decían que Salamanca.....

—Nada, nada, yo no cojo la cartilla, primero me dedico á..... cualquiera otra cosa.

DR. ANDRÉS VALDESPINO,

MEDICO CIRUJANO.

REINA 37

CONSULTAS DE 1 A 3.

DR. CUBRIA Y ROGOSA.

ESPECIALISTA EN AFECIONES DEL PECHO Y DEL ESTOMAGO.

Consultas de 7 á 9.—Dragones 64.

Especiales en su domicilio de 11 á 1.

VILLEGAS 92.

SASTRERIA DE LINO MARTINEZ.

CALZADA DE LA REINA.

Participa al respetable público haber recibido un colosal surtido de géneros de varias clases para la estación de invierno: es tan grande la diversidad de casimires, que creo satisfará el gusto más delicado, y á pesar de lo caros que cuestan por su inmejorable calidad, y la crisis que estamos atravesando, he decidido, aunque sea poca la utilidad, no alterar los precios que siempre han regido.

Corte elegantísimo y hechuras esmeradas.

CAMBIO DE MONEDA

LA NIÑA ERA DE ORO

DE JOSE BLANCO.

Este, está situado en la Plaza del Vapor, número 2, por Reina, casi esquina á Aguila.

En este ya acreditado *Cambio de Moneda*, además de tratar al parroquiano con la equidad, á la cual es acreedor, se avisa á las personas que padezcan de callos, que se venden á treinta centavos B. B., unas cajitas con diez parches cada una, que curan radicalmente los más empedernidos callos; también se venden, á cincuenta

centavos B. B., unos pomos de *Esencia*, para curar toda clase de dolores y, particularmente, las *jaquecas*; todo esto se garantiza, y cada caja, y cada pomo, lleva su receta para ver el modo de usarlo.

No olvidarse del *hombre* de los espejuelos. Plaza del Vapor, número 2, á donde hay un cuadrito que indica lo que se paga por cambiar una moneda da oro. Habana.

LA ALIANZA OBRERA

FABRICA DE CIGARROS

DE AGUIRE, AIZPURUA Y LLADO

3.—Concepción de la Valla—3.

HABANA.

El uno por ciento de las ventas de esta marca, es para las escuelas laicas del *Círculo de Trabajadores*. Pídanse en todas partes los deliciosos cigarros de

LA ALIANZA OBRERA.



INFIERSTO Y COMPANIA,

331 CALLE DE DRAGONES NUMERO 331

INVITA

A SUS NUMEROSAS AMISTADES

y al público en general á que giren una visita al taller de sastrería y camisería *LA ELEGANCIA* establecido en Dragones y San Nicolás, al lado de la peletería *LA COOPERATIVA*, con el fin de mostrarles el elegante y variado surtido en casimires, alpacas, driles, holandas, cotanzas, creas, cutrés, géneros belgas, warandoles, y, por último, gran surtido en camisetitas, medias, toallas, pañuelos, corbatas, botonaduras para camisas, &c., &c., todo de clase superior y á precios sumamente proporcionados.

En cuanto al esmero en el corte, trabajo, y exactitud en el cumplimiento de los encargos que se nos hagan, nuestra mejor recomendación es manifestar que todo esto se halla bajo la inteligente dirección del muy conocido maestro en el arte Laureano Suarez.

Á «LA ELEGANCIA»

DRAGONES NUMERO 331.

La Australia.

SASTRERIA Y CAMISERIA

DE

JOSE GENDRA Y NUÑEZ.

Calzada de Principe Alfonso núm. 34, entre S. Nicolás y Anton Reio

En este bien montado establecimiento hallará el público que lo visite, novedad en los géneros, economía en sus precios, esmero en los trabajos, elegancia en el corte y afluente trato en su dependencia. Se hacen fúses de luto en doce horas. A conveniense, pues, visitando

La Australia, Monte número 84.



SOLER, ALVAREZ Y COMPANIA

IMPRESORES

Muralia 40.—HABANA—Muralia 40.

Se hacen cargo de la impresión de toda clase de documentos para Gremios y Sociedades, folletos, memorias, reglamentos, talonarios, estados de todas clases, y cuanto al arte se refiere, con prontitud, elegancia y economía.

Imprenta Militar, Reta 40.